

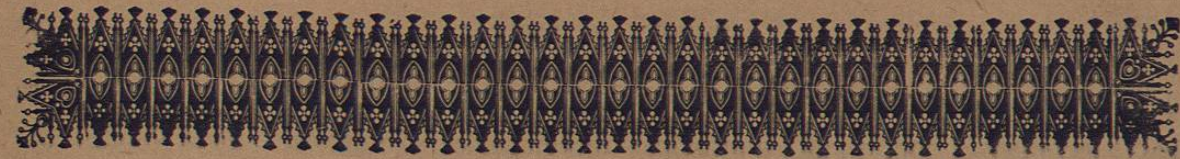
llos que recalasen por las colonias, penas de muerte ejecutables en las veinticuatro horas subsiguientes á su publicación y que no exceptuaban de su alcance, ni siquiera las pobres mujeres que tanto padecieron en el horno de la Revolución; hombres tales habían de cosechar lo que sembraran, clavándose las armas que forjaran á una contra sus enemigos y pusieron por debilidad en manos de la Montaña. Para que se vea el extremo hasta dónde llevaran estas crueldades, condenaban con pena capital á los que ostentasen escarapelas, las cuales no tuviesen los tres colores revolucionarios. Espantapájaros, mejor dicho, espatagorriones, llamaba madame Roland á todas estas severísimas leyes, cuando no se las esgrimía en el cuerpo de los reaccionarios y no se aplicaba con todo el rigor que había dictado su texto, concebido y hecho bajo las amenazas de la dictadura dentro y de la irrupción fuera. Mas ¡ay! que todas estas leyes, como espadas agudas, se clavaron en el pecho de la Gironda.

No encuentro medio de contestar al cargo que sus implacables perseguidores dirigen á la escuela tras un siglo pasado desde su muerte y su martirio. En el período que se dilata de la noche del diez de Agosto de mil setecientos noventa y dos hasta la mañana del treinta y uno de Mayo de mil setecientos noventa y tres, la Gironda tuvo mayoría en el Parlamento, y no se pudo hacer nada de lo que se hizo sin su previo voto y sin su consiguiente sanción. No había montañeses apenas en el cuerpo legislativo, no había tampoco elementos reaccionarios. La totalidad del Congreso perteneció siempre á la Gironda, y las medidas en este Congreso tomadas recaen sobre su nombre, porque su nombre fuera entonces un talismán á que respondían todos los poderes de Francia. Lo mismo les pasó en el momento de abrirse la Convención. La mayoría de tal Congreso les perteneció en cuerpo y alma. Su primer presidente fué Pétion. Sus primeros secretarios los más selectos girondinos, desde Brissot hasta Condorcet. Y no flaqueó esta mayoría en circunstancia ninguna, y no flaqueó hasta la terrible jornada del treinta y uno de Mayo. Tres elecciones presidenciales hubo tras la elección de Pétion, y en las tres vencieron los girondinos: el diez y ocho de Abril, con Lassoource; con Fontfrede, el dos de Mayo, y el diez y seis, con Isnard. Así, todas las leyes votadas por la Convención recaen durante su primer período sobre los girondinos, porque, si no las dispusieron, las toleraron. Entre setecientos sufragios que contaba el cuerpo convencional, los montañeses no llegaron jamás á ciento cuarenta votos. El Comité de Salvación Pública salió del Comité de Defensa General, y el Comité de Defensa General salió del pensamiento de Isnard, el más enérgico y el más batallador de cuantos diputados contara la Gironda. La deserción de sus puestos y el abandono y la indiferencia frecuentes en sus actos, la dejadez y la pereza, una inercia que reemplazaba siempre al arrebató de los nervios, un deseo de paz tras la guerra continua, un grandísimo desaliento rayano con la desesperación, explican el proceder de la Gironda, proceder extraño, el cual la hace cómplice de sus propios enemigos y convierte sus triunfos par-

lamentarios en escalones de su cadalso. Ningún girondino puede compararse con Buzot en lo profundamente lógico de sus ideas y en lo tenaz de su complexión. Batallador in-causable hallábase, como si fuera su natural medio ambiente, sobre la brecha parlamentaria. Sin embargo, al acercarse la catástrofe del treinta y uno de Mayo; la fibra de Buzot se afloja, la calurosa palabra se enfría, y al afán optimista de pelear por la victoria sucede una pesimista conformidad con el destino adverso, impropia de continuo empleo que aquel hombre superior había dado á su personal voluntad en el tremendo combate político. Poco antes del treinta y uno de Mayo quiso dar su dimisión de representante y retirarse al hogar doméstico. Mas ya que no pudo poner en práctica este propósito, dejó de guiar á la Gironda. Los maliciosos atribuyen esta indiferencia increíble por los asuntos públicos á una pasión indomable que le poseía en la vida privada. Lo cierto es que desde la fecha del veintitrés de Mayo no volvió á la tribuna ni usó de la palabra. Y este proceder extrañó entonces á sus amigos y extraña hoy á la Historia tanto más, cuanto que las sesiones últimas del combate girondino aparecen como las más temerosas, y en esas temeridades gustaba mucho de embarcarse la palabra valerosa del indómito Buzot. Y, sin embargo, bien había menester de pelear y defenderse aquel hombre. Por todas partes se gritaba y ofrecía con voces descompuestas á la curiosidad pública un libelo de Marat, que se titulaba de este modo: *Traición de Dumouriez, Brissot, Buzot, Guadet y demás girondinos; identidad de sus conjeturas, trazadas en la casita de Talma, en el tocador de la Roland, en el conciliábulo de Valazé*. Contra tales calumnias no había otra fuerza que la fuerza de una convicción honrada, ni otro proceder que desvanecerlas con actos muy enérgicos y conducta muy republicana, sí, pero muy conservadora. No hay respuesta contra el cargo de que, teniendo los girondinos mayoría en la Convención, ignoraran el modo de hacerla valer y confundir á sus bárbaros é injustos enemigos con el verbo de sus labios y con la justicia de sus resoluciones.

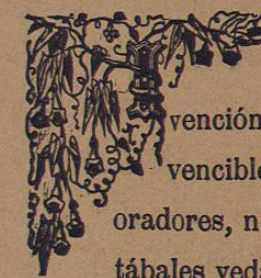
Lo más torpe de cuanto hicieron fué acusar al triunfante Marat. Y mientras el triunfo de Marat les aparejaba la pena capital y la rota definitiva, desquiciábase la República en universales desquiciamientos; iban los vendeanos en auge; trazábase la desmembración de Francia, nueva Polonia; cien mil confederados alemanes pululaban por la frontera del Este; las tropas españolas, contrastando una débil resistencia de Serván, asaltaban tres campamentos; sobre la hoguera de una guerra civil se retorció Lyon; con sus recelos de un inmediato regreso al régimen antiguo se agitaba y enfurecía Marsella; desde Arlés á Burdeos levantábanse grupos de federales jurando exterminar á la Montaña; el combate parlamentario entre montañeses y girondinos no parecía un combate de ideales opuestos, parecía un combate de guerreros resueltos á matar y morir; la miseria extendía su lepra por todos los territorios franceses; el hambre desnudaba toda una generación; el ocio consiguiente al desempleo de los brazos traía mil crímenes aparejados consigo; las fábricas no

movían sus telares ni los campesinos sus azadones; en cada esquina de las grandes capitales congregábanse clubs al aire libre, todos embriagados con sus propias palabras; en las aldeas mismas se debatían los asuntos públicos cual en los parlamentos; cada papel dado á la publicidad era una proclama revolucionaria; cada ciudadano era un conspirador permanente; las cárceles se llenaban, sin que pudiera vaciarlas el cuchillo de la guillotina; los saqueos de las tiendas y el robo de los guardamuebles donde se hacinaron los joyeles de la Corona difundían el desagrado por todas partes; la calumnia no cesaba de cebarse cruel en los espíritus, como en los cuerpos el verdugo: aquí llamaban á Robespierre cabeza de asesinos; allí á Roland le llamaban capitán de ladrones; las alcobas de los primeros personajes quedaban exentas del recato y del respeto que ha menester la vida privada, y parecía que el ángel del Apocalipsis levantaba los sellos del libro donde se halla decretado el Juicio Final para que cayesen sobre Francia y la democracia francesa inenarrables plagas. Desde la triste absolución del asesino Marat á la horrible mañana del treinta y uno de Mayo se dilató el reino que acababa de granjear la perversidad del homicida. Ministro nato de la multitud, señalaba como presas de sus furores á todos cuantos le molestaban ó le contradecían. La dictadura, por él formulado tantas veces para el más digno, habíala recogido del arroyo, y la usaba sin parar mientes en el desacato que cometía contra la representación nacional, y sin enterarse de los títulos con que la exigía. Eliminando vivos de Francia quedaba tan satisfecho como si hubiera resuelto un problema científico y hubiera prestado á la humanidad un gran servicio. Su conciso lenguaje transcendía por todas partes á rescripto imperial. Con fruncir las cejas, como Tiberio, aquel hombre mataba, cual diz que mata la sombra del manzanillo. No había dificultad política en que la víbora no se deslizase y no clavara en alguna víctima su ponzoñoso áspid. ¡Cuál cosecha de vidas ilustres á su sed hidrópica de sangre ofrecía la desdichada Gironda! Tras un mandato de Marat, aquellos labios tan resonantes enmudecerían; apagaríanse aquellas ideas tan luminosas; el grupo de hombres que llevaba sobre sus espaldas el peso de la Convención y que había sido osado á delatar la persona intangible del demagogo desaparecería en la fosa común, donde se amontonaban las reliquias y despojos de los más feroces criminales. No puso tanto empeño Marat en acabar con el Rey como en acabar con la Gironda. Y hay que decir la verdad: el sentimiento público estaba por tal manera extraviado, que se opusieron á la muerte del Rey absoluto en la República dificultades mayores que las opuestas á la muerte de grupo tan republicano como la Gironda. Todo estaba, pues, preparado para la rota de los girondinos. Describiremosla en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

Rota y ruina de los girondinos.—Su desaparición del Parlamento y del gobierno.



IMPOSIBLE comprender esta gran crisis política, sin resumir los antecedentes que la determinaron y que la produjeron. Dueños de la Convención y del gobierno los girondinos, mostraron en tan altos puestos una invencible inercia, causa primera y generadora de todos sus desastres. Grandes oradores, no sabían más que hablar. El estadio de la constante acción política estaba vedado por el vicio de todos ellos, por el vicio de la pereza. Sus corazones latían á unísono por la libertad, sus inteligencias iluminaban la República, su Verbo tenía mucho de inspirado y divino, pero mataban el tiempo discurrendo y orando á la hora crítica en que se necesitaba combatir y gobernar. De aquí una parálisis en la Convención y una indiferencia en el gobierno, criticadas y zaheridas por todo el mundo. En los tiempos normales, cuando las cosas públicas obedecen á leyes ordinarias, en la calma política y en la tranquilidad social, no pueden dejarse los hechos á su desarrollo propio, debiendo dirigirlas y ordenarlas el Estado, para que obedezcan á una conciencia superior y cumplan sus providenciales destinos. Pues si en los tiempos normales pasa esto, si la sociedad necesita del Estado y el Estado necesita del empleo de todos sus poderes, poder judicial, poder ejecutivo, poder administrativo, poder legislativo, poder militar, ¿cuánto más no lo necesitaría una sociedad sobrecogida por intensas fiebres revolucionarias y un gobierno asediado dentro por las facciones demagógicas y revolucionarias, fuera por la coalición europea. Si al cabo la inercia hubiera dado cualquier buen fruto, vaya en gracia, pero los